

## *Un antes y un después*

*Clarisa Anabel Pozzi*

---

En mi experiencia, hay un antes y un después en el contacto con la filosofía. Vengo del área de las Letras. Con 20 años había concurrido a dos cátedras, de filosofía y antropología filosófica en la Universidad Católica Argentina. La enseñanza era muy metódica, la línea era muy clara: aristotélico-tomista. Estos dos filósofos iban a ser centro y fundamento de todo mi estudio y su análisis iba a llevar casi la totalidad del año. El programa no pasaba de Kant y al filósofo de Königsberg apenas se lo vislumbraba. Si bien también figuraban con posterioridad Hegel y Marx, de ellos sólo conocí los nombres porque la explicación era que “no había tiempo para un desarrollo más profundo”. Quizá en ese momento no tomé plena conciencia de que me estaba vedada la puerta a la modernidad.

Unos años después tuve mi primer gran acercamiento a la filosofía cuando cursaba la carrera de Crítica de Artes en una cátedra a la que asistí en el IUNA, con la Profesora Laura Galazzi. Me tomó en un momento de cambio en mi vida en el que necesitaba dejar atrás a la religión y todas sus ataduras.

El autor a trabajar era Baruch Spinoza. La lectura de la “Ética” bajo la guía de la profesora me ayudó a comprender sobre todo la idea de dios y surgieron innumerables cuestiones. Me preguntaba por qué ética y no teología, por qué “mens” en lugar de “alma”. Se me presentaba un dios que no era un dios. Un dios que comulgaba con la naturaleza, que no ordenaba, que no premiaba y castigaba, que no regía el destino de los hombres. Se caía la idea del viejo dios de la tradición, un dios-persona, sujeto de una voluntad y de un entendimiento, omnisciente, omnipotente, un dios que supuestamente había creado al mundo a partir de la nada: aparecía un dios inmanente. Separarme de la idea de trascendencia fue un camino largo por recorrer. La concepción de dios como “primer motor inmóvil” estaba muy arraigada en mí, sobre todo la idea de “inmovilidad”: “porque las cosas son lo que son, no cambian, no se modifican: estamos en presencia de esencias”, diría aquel profesor de la UCA (“esencias que hacen que las cosas sean lo que son y no otra cosa”, según rezaba la definición) y dios aparecía ahí como el gran impulsor del movimiento, como ordenador de todo lo dado. Aristóteles hablaba del “primer motor al que nadie mueve” y después Santo Tomás enseñará en su “Suma Teológica” lo que es conocido como “Cinco vías”, es decir, cinco argumentos racionales que él usa para probar la existencia de un dios monoteísta.

En su momento me preguntaba por qué se creía en la existencia de dios a través de argumentos racionales y comprendí que lo que rodeaba toda la estructura era el concepto de fe. Un día en una clase aquel docente dividió el pizarrón en dos columnas: por un lado la “razón”, por el otro la “fe”. Pero ¿Cómo entender la filosofía a la luz de la fe? ¿Qué tenía que ver el concepto de fe sobre argumentos racionales? ¿Cómo era esta idea de creer algo a

rajatabla cuando no hay comprobación empírica? Así empecé a dudar, me acordé entonces de Descartes y su duda metódica: la importancia de no dar por sentado nada y tener la capacidad de darme cuenta de que no todo es estático, que hay cambios, que hay mutaciones, que nada es absoluto.

La cátedra sobre Spinoza me abrió un panorama para empezar a creer más en el hombre y su misión en la tierra y no en el más allá donde supuestamente sería juzgado. Descubrir que hay una sola vida, que es esta, en este mundo, en este momento, donde los cambios y las profundizaciones se dan en este más acá y no pensar en una vida más allá de la vida me dio más fuerzas para creer en mi presente y en lo porvenir porque el presente se vuelve fundamento del mañana y todo acto tiene su justificación inmediata. Nadie nos juzgará en lo futuro. Somos nuestros propios jueces, somos responsables de nuestras decisiones. Entonces sentí que se fortalecía mi proyecto mundano, mi creencia se resignificaba.

Ahondé en la lectura del filósofo holandés y observé cómo pasaba de su imagen de “ateo maldito” a que Novalis lo retratara como “un filósofo ebrio de dios”. Hegel dirá después: “o se es spinozista o se renuncia a la filosofía”. Tanto Marx como Feuerbach habían sido lectores intensos. Entre Baruch, el “hebreo virtuoso”, y Marx pueden encontrarse semejanzas, analogías, líneas generales que cruzan ambos pensamientos a partir de un mismo enfoque materialista. Un ejemplo se encuentra en la *Ética*. Allí Spinoza define al dinero como “compendio de todas las cosas”, en el cual se desarrolla la servidumbre humana: “Pero el dinero ha llegado a ser un compendio de todas las cosas –dice-, de donde resulta que su imagen suele ocupar el alma del vulgo con la mayor intensidad”, expresión que tomada a la ligera, literalmente y sin más, recuerda la definición del dinero del Marx maduro en *Das Kapital* como “equivalente general” en el proceso de intercambio de mercancías.

Ya en el Siglo XX, muchos intelectuales de la tradición marxista pensarán a Marx a la luz de la filosofía spinoziana.

Entendí que era posible una superación de la religión por la filosofía. Gracias al estudio de la filosofía comprendí que la religión y los dioses existirán en la mente de las personas mientras éstas vivan en la injusticia que conlleva el sistema capitalista: sólo puede lograrse la emancipación religiosa cuando se forje la emancipación social, no a la inversa. La emancipación, entendida como la identificación y superación progresiva de los factores que alienan y oprimen la autonomía del sujeto y que deterioran las estructuras de solidaridad, es decir factores que impiden al ser humano tomar sus propias decisiones y contar con las capacidades y oportunidades para concretar esas elecciones por sí y con el concurso de sus pares. La autonomía del sujeto es clave para emprender procesos emancipatorios sostenibles y virtuosos, es el poder del individuo frente a las fuerzas que pretenden colonizar su voluntad y energías.

Considero que la filosofía contribuye a esta emancipación porque nos hace más libres al abrirnos las puertas a la aventura del pensar, a contraponer hipótesis sin juzgar, a ejercer nuestro espíritu crítico a la luz de interpretaciones de hechos no revelados.

La enseñanza de la filosofía ahonda en la pregunta, en el cuestionamiento de lo real. A través de la duda nos sumergimos en nuestra propia capacidad de sentirnos disconformes con lo que nos rodea, en “poner en tela de juicio” las aseveraciones, los dogmas, las reglas preestablecidas, en comprometernos más con el mundo circundante. La pregunta es siempre apertura, en ese “abrirse” la existencia se hace cuestión de sí misma al preguntar. Preguntar con profundidad es problematizar y problematizar es plantearle problemas a la realidad. Creo que mientras haya preguntas habrá filosofía; el ser humano no dejará de cuestionarse porque “la pregunta libera al ser de sí mismo, lo descentra, lo arroja a su (propio) afuera”, el hombre es entonces conciencia abierta a lo real.

Codearnos con la filosofía es dialogar con los pensadores, es establecer una dialéctica donde cada reflexión es superada y contenida en la siguiente, donde no hay una verdad, donde no existe “la verdad” sino una suma de posibles.

Y el profesor, el filósofo, con una aguda capacidad de asombro se dedica a observar, a vincular la parte con el todo, es decir, tiene la capacidad de integración o totalización para pensar escenarios futuros en el presente. El filósofo, para finalizar, es el guía en este viaje sin retorno que nos lleva de la experiencia vivida a descubrir que uno ya no es el mismo.